



II

CRÓNICA DE UN DÍA

ERA de los últimos de Julio, por más señas, y se había acordado comer en el pinar, en un sitio de mucha sombra, suelo alfombrado de oloroso y tupido césped, con fuente fresca y abundante, y á muy corta distancia de ella, unos detalles muy pintorescos de rocas, jaramagos y troncos viejos que Nieves no había visto nunca y le había

ponderado mucho Leto. Éste tenía varios apuntes de ello en su cartera, y se trataba de que Nieves tomara otros á su gusto. Con ese fin por pretexto, se dispuso la partida; y muy tempranito salieron de Pelechés los cuatro expedicionarios: don Alejandro y su administrador, armados de sendas escopetas para tirar á las tórtolas que se les metieran por los cañones, y Nieves y Leto con los avíos de dibujar. Nieves, como casi siempre que iba de campo ó á la mar, llevaba el pelo recogido en una sola trenza caída sobre la espalda, con un gran lazo en el extremo inferior; un sombrero de paja de anchas alas y cinta del color del lazo del pelo; un vestido liso y muy claro, guantes de seda, botinas de recia suela, y sombrilla de largo palo. Leto, que no tenía mucho en qué escoger, vestía un terno de dril ceniciento, recién planchado; y con esto y unos borceguíes de becerro en blanco, un hongo claro y una corbatita de lunares bajo un cuello á la marinera, componía bastante bien al lado de la esbelta sevillanita. Llevaba en una mano la cartera de Nieves, y en la otra la tijerilla

desarmada, de Nieves también. Él no necesitaba esos utensilios para sus trabajos de campo. Se construía el asiento con lo que hallaba á sus alcances, lo mismo una piedra que un tronco... ó el santo suelo en último caso.

Caminando los dos muy delante de los otros y á la mitad del recuesto para subir al pinar, se detuvo Nieves de pronto, se volvió rápida hacia atrás, paseó la mirada serena y honda por todo lo que se descubría desde allí, incluso el palación de Pelechés que descollaba en lo más alto, y preguntó en crudo á su acompañante, que también se había detenido y miraba cuanto ella miraba, y además y muy particularmente, el modo tan suyo que tenía de mirar:

— ¿Qué es lo primero que usted siente en cuanto sale al campo, en un día como el de hoy, espléndido de luz, sin calor que sofocase ni viento que moleste, ni ruido de gente que le distraiga, y en que todo lo que se ve, el suelo, el árbol, la mata, el arroyo, hasta la peña desnuda, trasciende á una misma cosa... como á tomillo y mejorana, ó algo así?

Muchas cosas sentía Leto en tales ocasiones; y por ser tantas y no atreverse á citar una sola y de repente, por miedo á que resultara una tontería, respondió á Nieves, después de pensarlo un poco:

— Y usted que me hace esa pregunta, ¿qué es lo que siente, si se puede saber?

— ¡Yo lo creo que se puede saber! — respondió Nieves, volviéndose hacia el pinar y continuando la interrumpida ascensión. — Mire usted: lo primero que yo siento es un poco de envidia á los pintores, á los poetas y á los músicos buenos; porque me entran unos deseos tan fortísimos de pintar, de describir y hasta de poner en música lo que voy viendo y oyendo! Para eso quisiera ser el mejor pintor y el mejor poeta y el mejor músico del mundo. ¿Le parece á usted mucho lo que envidio?

Leto se echó á reír; y como halló muy disculpables los deseos de Nieves, así se lo declaró, añadiéndola que á él le pasaba dos cuartos de lo mismo.

Un poco más adelante volvió á hablar la sevillanita, para decir á Leto, también en crudo, pero sin detenerse:

— Es una compasión que no sea usted tan aficionado á pintar al óleo como á la aguada.

— Ya le he dicho á usted en otra ocasión — respondió Leto — que eso consiste en mi falta de paciencia: todo tiempo, por corto que sea, desde que concibo algo hasta que lo ejecuto, me parece una eternidad. No me entretiene como á otros el proceso de la obra puramente mecánica: por eso prefiero el lápiz á la misma acuarela: aunque sin el realce del color, me da primero que ella la expresión del pensamiento ó la imagen del natural.

— Es raro eso.

— Sí, señora; y por lo mismo la ruego á usted que lo tome como confesión de un pecado feo, y no como alarde de un modo de ver digno de imitarse... Ahora — añadió cambiando de tono y de rumbo, — para llegar primero adonde vamos, echemos por este senderito de la derecha... También es un poco raro ¿no es verdad? que en la propia hacienda de ustedes tenga yo que servirlos de guía... porque el señor don Alejandro no hace más que seguirnos los

pasos... ¿ve usted?... y don Claudio Fuertes lo mismo... ¡Si lo tuvieran todo tan trillado con los pies como lo tengo yo!...

Otro ratito de andar en silencio, y otra pregunta en seco de Nieves:

— ¿Conoce usted á Rufita González?

— ¡Quién no la conoce en Villavieja? — contestó Leto.

— ¡Qué bachillera, eh?

De buena gana hubiera confirmado Leto esta opinión con un ejemplo que se le vino á la punta de la lengua; pero considerando que podría mortificar con él á Nieves, si no mentían ciertos rumores y otras determinadas señales, se limitó á decir, marcando mucho el acento admirativo:

— ¡Muy bachillera!...

— Siempre que habla conmigo — añadió Nieves — quiere darme á entender que nuestro primo Nacho desea casarse con ella.

— ¡Carape! — exclamó Leto para sus adentros: — pues ese era mi caso, y ahora resulta que le importa á ella menos que á mí. — Y en voz alta dijo: — Eso precisamente es lo que más la califica.

— Y ¿por qué no ha de ser cierto lo que

afirma? — preguntóle Nieves vuelta un poquito hacia él y enviándole las palabras bajo los fuegos de una mirada firme y serena.

— Porque no puede ser, — respondió Leto con su correspondiente serenidad; — porque no hay razón para que lo sea; y, en cambio, hay una de mucho peso para que resulte mentira.

Nieves no mostró el menor deseo de conocer aquella razón, y así quedó el asunto. Un poquito más allá, preguntó á Leto:

— Y á las Escribanas ¿las conoce usted?

Con esta pregunta se quedó Leto bastante atarugado y algo encendido de mejillas: ¡le había dado tantas bromas el fiscal con la Escribana mayor! Pero se rehizo en seguida, y contestó á Nieves:

— Otras bachilleras por el estilo.

No coló el disimulo; porque Nieves, aunque no le miraba de frente, le pescó el fognazo en la cara y la sacudida que le había precedido.

— No lo decía por tanto, — repuso á buena cuenta y por si había dado en blando la pregunta.

Un poco más adelante y bastante adentro ya del pinar, seguidos á corta distancia de los dos señores mayores que se despistojaban mirando acá y allá por si se rebullía alguna tórtola en las inmediaciones del sendero:

— ¿Llegaremos pronto al sitio ese?

— Antes de diez minutos, — respondió Leto. — Ya estamos casi en la explanadita en que hemos de comer; á poco más de veinte varas á la derecha está lo que buscamos.

— Por supuesto, que traerá usted los dibujos de ello que le encargué anoche.

— Como lo prometí, — respondió Leto señalando uno de los bolsillos de su americana.

— ¿Me los quiere usted enseñar? — le preguntó Nieves.

— ¿Ahora mismo?...

— Ahora mismo, — respondió la sevillana con un mirar que no admitía réplica.

Pasó Leto la tijerilla á la mano izquierda después de haber colocado debajo del mismo brazo la cartera, ó más bien, cartapacio de Nieves, y sacó del bolsillo derecho su

álbum de apuntes... Pero en el momento de entregársele á Nieves, se atarugó más



que la otra vez, y se puso, no rojo como entonces, sino pálido... ¡Carape! ¡buena la había hecho! ¡Pícara memoria y pícaros

aceleramientos los suyos! No tuvo otra cosa en la cabeza toda la noche, y al fin se le olvidó hacerlo al echarse el álbum al bolsillo, de prisa y corriendo; porque ya se iba sin él... ¡Carape!... Y que ya no había enmienda posible.

Pensando así, entregó el álbum á Nieves, con la forzada abnegación con que se entrega un criminal á la Guardia civil.

—Hágame usted el obsequio de abrirle — la dijo — porque yo no tengo más que una mano desocupada... Esta es la tapa de arriba... Así... Yo le diré en qué hojas están esos dibujos.

— Es que pienso verlos todos, — le advirtió Nieves abriendo el álbum como Leto quería.

Y es claro, en cuanto quedaron sueltos los broches, el álbum se abrió solito por las páginas entre las cuales estaba el contrabando que pensaba Leto escamotear al ir pasando las hojas con la mano libre.

La palidez del pobre mozo se trocó en carmín subidísimo.

Nieves le miró entonces con una sonrisa muy picante.

— Perdone usted — le dijo al mismo tiempo — si esto tiene algún valor especial... Yo no lo sabía.

— ¡Qué ha de tener! — exclamó Leto, sin saber lo que se decía. — Eso es un clavel...

— Ya lo veo, — interrumpió Nieves, como si no se enterara de la turbación del otro; — y rojo... y doble.

— Sí, señora: doble y rojo, — repitió Leto. — Un clavel doble y rojo que yo tenía en la boca en cierta ocasión, mientras dibujaba... ¿Está usted? Pues bueno: estando así, se le partió el rabillo y se me cayó al suelo; y entonces yo... maquinalmente, le cogí... y, maquinalmente, le guardé donde usted le ve; y ahí se ha quedado hasta hoy...

— Muy bien hecho, Leto, — dijo Nieves volviendo á mirarle con la misma sonrisita maliciosa. — Eso es lo que debe hacerse siempre con los claveles que se caen de la boca... y no lo que se hizo con uno que yo recuerdo... Rojo era también y doble, si no me engaña la memoria... y en el suelo se quedó el infeliz... Verdad que no valía

la pena de ser guardado, porque la boca de que se había caído era la mía.

Leto, al sentir esta estocada, se estremeció de pies á cabeza y se puso de veinticinco colores; y Nieves, al verle así, soltó la risa con toda su alma.

—Suyo ó ajeno el clavel,—le dijo en seguida,—el encontrármeme yo aquí ha sido causa de un mal rato para usted. ¡Cuánto lo siento! Volvamos la hoja, si le parece, y veamos los dibujos.

¡Qué dibujos ni qué carape! ¡Bueno estaba Leto ya para entender en cosa alguna sino en el asunto del clavel que se le había caído á ella de la boca! Por las señales, no solamente había notado Nieves el suceso que tanto le había preocupado á él, sino que le había parecido muy mal, claro: como tenía que parecerle; como que había sido la mayor gansada que podía cometer un hombre acompañando á una señorita. La casualidad le brindaba una ocasión de acreditar que la falta cometida se había reparado en lo posible... Pues ¡carape! aprovechar esa ocasión sin pérdida de momentos... Que este recelo, que el otro, que

si podría tomarse la aclaración así ó del otro modo, por este lado ó por el de más allá... Que se tomara, ¡carape! que se tomara, aunque fuera por el extremo más absurdo: cualquier cosa menos pasar plaza de rocín en el concepto de una mujer como aquella... ¡Cuidado si tenía picante la alusión que le había hecho!...

Enardecido con el fuego de todas estas reflexiones que le pasaron en un instante por el magín, respondió con gran energía á lo dicho por la sevillana:

—No hay dibujo que valga, Nieves, mientras no quede orillado el punto del clavel que se le cayó á usted de la boca... Hablemos de eso un instante.

Nieves se sorprendió un poco con el arranque de Leto, y le preguntó muy seria:

—¿Pero usted sabe á qué clavel me refería yo... en chanza?

—Sí, señora,—respondió Leto impávido y resuelto á todo:—al que se le cayó á usted en el Miradorio, y recogí yo del suelo... para volver á arrojarle; en una palabra... á ese mismo clavel que está usted viendo.

10477